

La Semana Ilustrada

Año I.

Redacción: Marqués de la Ensenada, S.
Administración: Mesonero Romanos, 31.

Madrid 14 de Diciembre de 1907

10 céntimos-Número suelto-10 céntimos.
Año, 5 ptas. Semestre, 3. Trimestre, 1,50.

Núm. 33.

MONSTRUOSA FABRICACIÓN DE EMBUTIDOS



GIUSEPPE HACE SALCHICHAS CON EL CADAVER DE SU ESPOSA (Véase el relato en la plana 2.ª)

Ayuntamiento de Madrid



Un crimen feroz, sin precedente en la historia de la maldad, acaba de ocurrir en la población italiana de Landolfi.

Una vez más la pasión de los celos armó el brazo asesino; pero en el caso que nos ocupa no es posible hallar atenuante alguna. Con ser siempre cobarde y brutal el que la pobre mujer recibía muerte de un hombre, suelen encontrarse débiles resquicios de disculpa cuando Otel mata furioso, obedeciendo a un rápido y ciego movimiento de fatal impulsión.

Tampoco el ensañamiento es difícil hallarlo en los crímenes de amor; ni incluso es algo nuevo en el que hiere celoso, que sorprenda traicionablemente, concurrendo en su delito la repugnante alevosía.

Todas las circunstancias que agravan la responsabilidad se defienden y explican, particularmente en aquellos sucesos que se dicen pasionales. ¿Pero qué recursos podrán ser empleados por el abogado defensor de Giuseppe Marcoli?

Una exuberante fantasía puesta al servicio de la invención trágica, jamás podría llegar, en la novelesca concepción, al punto de horror y de espantable realidad con que el monstruoso Marcoli, un ogro en humana figura, dió fin á la tarea de hacer embutidos del cadáver de su esposa, muerta á sus manos.

Vea el lector la macabra relación de lo sucedido.

Giuseppe Marcoli es un salchichero que en un pueblo de Italia dedicábase á su oficio.

De padres á hijos, hacía más de cien años que en la tranquila ciudad de Landolfi funcionaba un modesto comercio de carne, muy acreditado en la comarca.

Las gentes del país no dejaban de hacer sus compras en la salchichería de Marcoli; pero, en cambio, miraban con malos ojos al dueño del establecimiento, obedeciendo esta malquerencia al singular carácter del carnicero, hombre apocado y de aspecto enfermizo, pero duro en la réplica, y nunca propenso á prestar el más insignificante servicio.

Nadie le quería en el pueblo, y cuando los domingos, terminada la pesada labor semanal, los convecinos todos reuníanse en la plaza, Giuseppe Marcoli, siempre solitario, daba largos paseos por los más escabrosos parajes de la montaña vecina.

Como ocurre siempre en los pe-

queños lugares, y particularmente cuando alguien se singulariza por cualquier circunstancia que difiere de la costumbre general, Giuseppe, el salchichero, era el eterno motivo de las murmuraciones de campariario.

Atribuíansese misteriosas riquezas, con nadie compartidas, pues soltero empedernido, jamás se vió á Marcoli en lances de amor con mujer alguna.

Cierta día, los vecinos de Landolfi no acababan en sus comentarios; desde el amanecer, los primeros compradores que acudieron á la salchichería encontráronse cerradas las puertas del establecimiento.

¿Qué había ocurrido? ¿Qué causa motivara el inesperado suceso? Giuseppe era malo, cruel con los pobres, de mirada torva y ajeno á todo sentimiento de confraternidad con sus vecinos; pero fidelísimo cumplidor de su obligación, jamás se le había visto abandonar sus negocios.

Por muchas conjeturas que hicieron, á los habitantes de Landolfi no les fué posible conocer el misterio de la ausencia hasta ocho días transcurridos, en que nuevamente se abrieron las puertas de la salchichería, viéndose en el mostrador, y al lado de Marcoli, una mujer alta y rubia, acabado tipo de popular hermosura. ¿Quién era aquella compañera de Giuseppe? En muy pocas palabras contó Marcoli que aquella mujer era su esposa, una parienta lejana, con quien convino contraer matrimonio. Y para efectuar la boda había marchado á la ciudad.

Nada más quiso decir Giuseppe contestando airadamente á aquellas personas que pretendieron saber más.

Así pasaron dos meses. Durante este tiempo no se advirtió cambio alguno en el carácter del salchichero. Era el mismo de siempre; con su esposa, lo mismo que con los demás, intratable y brutal.

Rina Lombardi—que así se llamaba la mujer de Marcoli—aparecía siempre con un aire sumiso de víctima infeliz, velados sus hermosos ojos por lágrimas amargas que devoraba en silencio.

¿Cómo aquella mujer bella y bondadosa había consentido en casarse con Giuseppe? Era un secreto. Habíabase, no obstante, de una historia de lágrimas, en que la miseria, el pan de su anciana madre, decidió á la hermosa Rina á entregar su mano á su primo Marcoli.

Decíase también que la mujer del salchichero tuvo que abandonar allá en su país los amores de un joven soldado, que eran su ilusión.

No dejó de murmurarse que algún pastor viera de noche cómo un hombre-fantasma rondaba misteriosamente por los alrededores de la casa de Giuseppe.

Se le advertía de vez en vez, rodándose sus rápidas apariciones de todo el sortilegio con que aparece el diablo en los cuentos de magia.

Una mañana, al abrirse al público la salchichería de Marcoli, no se vió en el mostrador la interesante figura de la esposa de Giuseppe. Lo mismo ocurrió en los días sucesivos. Conociendo el carácter del salchichero, nadie se atrevía á preguntarle por aquella prolongada ausencia, cuando una fortuita circunstancia vino á levantar los velos del misterio, descubriendo el crimen más espantoso y repugnante de que puede haber memoria. Un perro fué el delator.

A la hora del medio día, y cuando algunos trabajadores de Landolfi reparaban las fuerzas haciendo su modesta comida en la plaza del pueblo, un espasmo de horror recorrió las venas de los circunstantes, que permanecieron mudos, atónitos, contemplando un hermoso mastín que traía en la boca, arrastrándola por

de Marcoli que, advertido del peligro, había desaparecido.

El populacho penetró en la tienda, no tardando en descubrir cómo en la cueva aparecía, cortado en pedazos, el cuerpo de Rina Lombardi.

Cual si fueran los despojos de una res, el mutilado y humano cadáver habíase sometido á todas las operaciones á que se sujeta la carne animal para fabricar con ella embutidos de diferentes clases.

Junto á chorizos y salchichas de cerdo, almacenadas en la cueva de Giuseppe, depositó el infame buena porción de las que iba fabricando hábilmente con la carne de su esposa Rina.

¿Qué se había propuesto el monstruo? ¿Era aquel picadillo un alarde de inconcebible ferocidad ó la macabra faena tenía por objeto hacer desaparecer las huellas de su asqueroso delito?

Esto último ha declarado el parricida funesto, cuando acorralándolo como á una bestia feroz, se le dió caza en el monte por una partida de vecinos que registraron el bosque, persiguiendo al chacal.

Verdaderamente, no era disparatado el horrible trabajo á que se entregó Marcoli para asegurarse la impunidad.

Dada la fama de excéntrico y mis-

ha dicho Giuseppe que él no había pensado jamás en expender las salchichas que fabricó con la carne de Rina. Su pensamiento era lograr la desaparición del cuerpo, en forma que las más hábiles pesquisas resultaran inútiles. ¿Quién había de sospechar—ha continuado Giuseppe—que entre mis «existencias» se encontraba mi mujer?

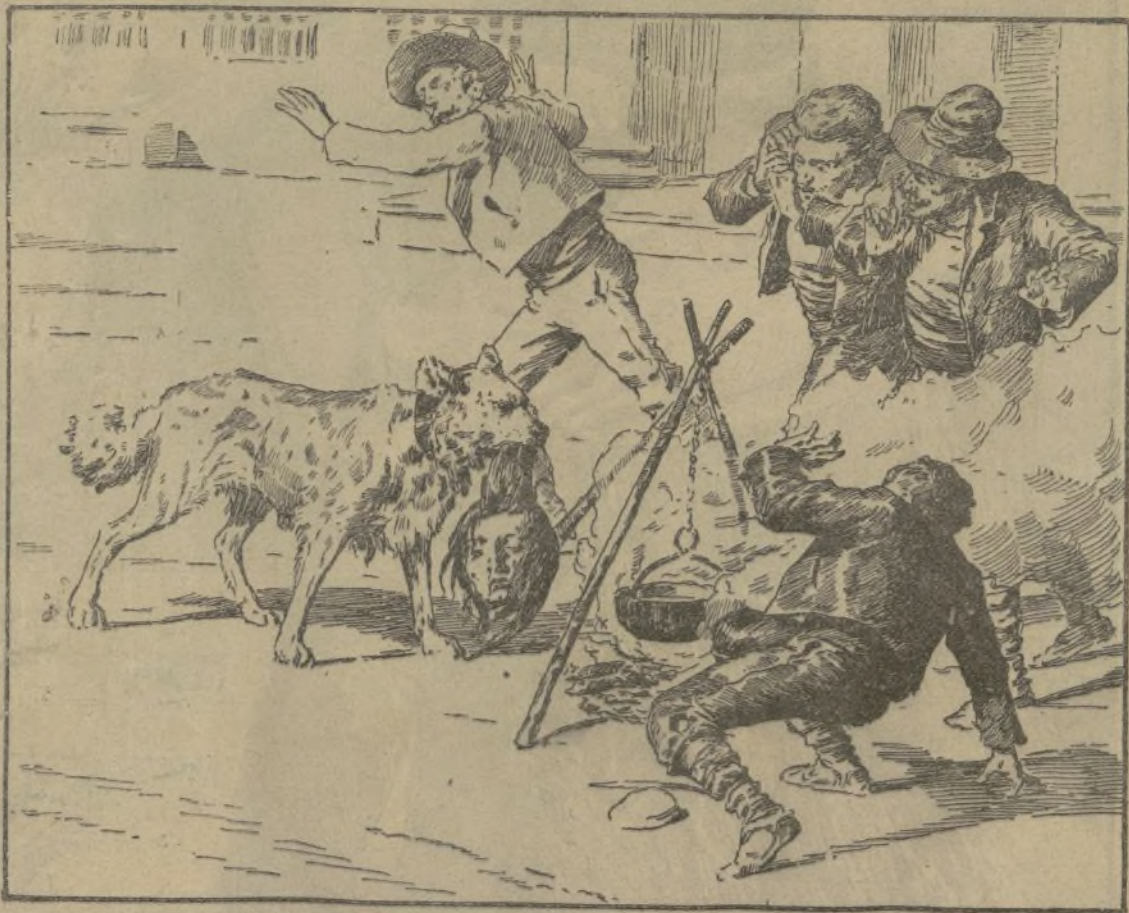
Todo se reducía á que algún importuno visitante de la cueva se hiciera lenguas del «gran surtido» que de repuesto tenía Marcoli.

A las preguntas que se hicieran á Giuseppe indagando los orígenes del espantoso sucedido contesta, invariable, que mató á Rina porque le engañaba con un antiguo novio suyo.

¿Será verdad?

Lo ignora el narrador de esta verídica historia; mas una obligación de su imparcialidad obligale á recordar al lector los amores de Rina con un soldado en su pueblo antes de ser la mujer de Giuseppe, y hacer memoria también de aquel bulto fantasma que á las altas horas de la noche pudo ver un pastor cómo andaba, receloso, mirando con anhelos la casa de Marcoli...

Si no es por el perro que pone punto final á esta historia de horrores, á la hora presente, bien curados ya, los embutidos de carne humana



los cabellos, la ensangrentada cabeza de una mujer.

Pasado el primer instante de estupor, pudo reconocerse en aquella terrible presa las desfiguradas facciones de la esposa de Giuseppe.

Como un reguero de pólvora, la espantable noticia corrió por el pueblo. Poseído de una tremenda indignación, en ola arrolladora, el vecindario entero se presentó ante la casa

terioso que gozaba en Landolfi, amedrentadas las gentes por el duro carácter del salchichero, nadie le hubiera vuelto á preguntar qué había hecho de su esposa, suponiendo el vecindario que, tan en secreto como la trajo al pueblo, decidiera hacerla volver al lado de su familia.

Queriendo, sin duda, buscar una atenuación para su obra diabólica,

hubieran consumido todo el cuerpo de la infeliz Rina.

El astuto lebré, olfateando su cadáver, se deslizó invisible hasta el téntrico subterráneo, y ya hemos visto cómo, acusador inconsciente, descubrió á la humanidad la existencia de un hombre, nacido para su oprobio.

Enrique SÁ DEL REY.



Antes de ser periodista quiero que se me conceda ser amigo del infortunado Carlos Cruselles. Permítaseme dedicarle estas líneas mal trazadas a causa de la emoción que embarga mi espíritu, y que rinda un tributo al compañero con quien compartí azares y alegrías.

Carlos Cruselles no era malo; ha sido víctima de la desgracia y ha sucumbido no pudiendo luchar más tiempo contra ella.

CARLOS CRUSELLES

Conocí a Carlos Cruselles hace dos años. Su carácter jovial y simpático hizo que intimáramos desde el momento en que nos conocimos. Los dos éramos a la sazón redactores de *España Nueva* y juntos emprendimos aquel desgraciado viaje a París en burro.

Tres meses de vida íntima estrecharon más nuestra amistad, y nuestro cariño se hizo más grande, de tal modo, que Carlos no tenía secretos para mí, ni yo los tuve para él.

De sus labios escuché la historia de su vida; una vida llena de miserias y de tristezas que mataron en flor sus primeras ilusiones e hicieron desaparecer de su corazón todo impulso de ternura.

La lucha terrible por la existencia había hecho de Cruselles un escéptico, un amoral rayando a veces en el cinismo.

SU INFANCIA

Carlos Cruselles estaba familiarizado con la desgracia; desde muy pequeño sufrió los reveses de fortuna de sus padres, y, por último, su madre, en una locura de mujer, le abandonó cuando más necesitaba de sus caricias.

Su padre fué periodista, y si no logró más predicamento en la Prensa, fué debido a su carácter apático para todo trabajo, pues a veces pasaba semanas enteras sin levantarse del lecho.

Cuando Carlos Cruselles tenía catorce años próximamente, murió su padre, y entonces el muchachuelo quedó al cuidado de unas tías suyas.

Un amigo de su padre, el señor Perpén, viejo periodista, le ocupaba en servir correspon-

gramas por ser poco campo para él, y abandonó al Sr. Perpén.

—Ya ves—decía Cruselles—, mis tías se enfadaron por esto, diciéndome que abandonaba una ganga, pues al lado del señor Perpén hubiera llegado a ser corresponsal de cuatro o cinco periódicos de provincias.

Con motivo de haber dejado su trabajo habitual, sus tías le amonestaban a diario, y Cruselles, cansado de tales reprimendas, abandonó aquella casa para emprender su vida aventurera.

CRUSELLES, PERIODISTA

Carlos Cruselles formó parte de varias redacciones de periódicos madrileños, contándose, entre los de su primera época de periodista, *Germinal* y *El Resumen*.

De este último era director un viejo periodista que luego, durante mucho tiempo, ha sido jefe del Negociado de la Prensa en el Ministerio de la Gobernación.

Un día Cruselles, falto de dinero, se acercó al director del periódico para pedirle una cantidad a cuenta de lo que le adeudaban.

El director le contestó sonriendo:

—Amigo Cruselles, no hay un céntimo en la administración; así es que me es imposible complacerle. Todo lo que puedo hacer en su obsequio es darle una tarjeta para que le entreguen un burro muy bonito que tengo en mi casa de los Cuatro Caminos. Usted puede vender el asno y remediarse.

Cruselles, con gran desenfado, aceptó el ofrecimiento. Recogió el burro y al día siguiente bajó al mercado de ganados, donde lo vendió en 35 pesetas.

Por esta época conoció a una muchacha que acababa de llegar de Andújar para trabajar en Madrid en su oficio de sastre.

Cruselles, falto de cariño, no teniendo una persona que le consolase y le animase para seguir luchando, encontró en aquella muchachita andaluza el auxilio que él necesitaba para su alma triste y se unió a

ligencia. De esta unión nació una niña que murió cuando empezaba a alegrar con sus risas el hogar de aquellos jóvenes enamorados.

Cruselles era un retoño del alma picaresca que campa por los libros de nuestra literatura clásica. Era un Guzmán de Alfarache, alegre, decididor, galanteador de mujeres, malicioso y amigo de chanzas.

Cuando salió de *El Resumen* entró a formar parte de la redacción de *El País*, que estaba dirigido por el distinguido periodista Ricardo Fuente.

Por aquel entonces entró en quintas. Tuvo la mala suerte de salir soldado y se fingió cojo para eximirse del servicio de las armas. Tan bien hizo el papel, que los médicos militares no titubearon en declararlo inútil para el servicio militar.

En *El País* hizo una labor periodística que le mereció grandes elogios, viendo los asuntos con un instinto periodístico insustituible por su originalidad.

Colaboraba entonces en varios periódicos de Madrid y Barcelona, y estrenó con éxito varias obras teatrales escritas en colaboración con Salvador Granes.

Después pasó al *Diario Universal*, donde consolidó su fama de periodista, haciendo informaciones que interesaban grandemente al público.

Cuando dejó de pertenecer a este periódico, Cruselles era padre de tres niños lindísimos, a los cuales quería entrañablemente.

Unos cuantos meses hubo de bienestar en casa de Carlos, pero luego la miseria se enseñoreó de tal manera, que a duras penas podía el pobre periodista atender al sostenimiento de la familia que se había creado.

Los chichuelos, en su inconsciencia, le dijeron un día de los de mayor apuro que querían comer queso de bola, y Cruselles se desesperó por no poder satisfacer el deseo de sus hijos.

Así, cuando estrenó con éxito su obra *El amigo del alma*, con los primeros dineros que le produjo alquiló un carro y marchó a una tienda de comestibles

hartura hizo que lo aborreciesen, y ya los quesos redondos y colorados les servían de pelotas para sus juegos.

Sus condiciones nada administrativas hicieron que en su casa volviera a albergarse la miseria.

En esta situación nacieron dos niñas más, y sus nacimientos, en vez de proporcionarle alegría, fueron para Cruselles motivo mayor para desesperarse, pues sólo veía en sus nuevos hijos más complicaciones para su vida.

A poco de fundarse *España Nueva* entró Cruselles a formar parte de la redacción, en la que yo también figuré, y allí continuó sus trabajos periodísticos que tantos éxitos le proporcionaron.

CRUSELLES Y «MIMI»

El verano de 1906 emprendimos, acompañados de Carlos Micó, el viaje a París en burro, que nunca lamentaré bastante el haber emprendido.

No he de molestar a los lectores de LA SEMANA ILUSTRADA con una nueva relación de las peripecias que nos ocurrieron, pues de sobra les fatigarán los folletines de *España Nueva*.

Me limitaré a la parte que tienda a demostrar que Cruselles era en el fondo un sentimental, un abúlico pronto a enamorarse de cualquier mujer, aunque no tuviera ningún encanto.

Sus arrebatos de pasión amorosa eran violentos.

Y, sin embargo, aun en estos momentos de mayores arrebatos sentimentales, no olvidaba a Jerónima ni a sus hijos. El cariño engendrado en tantos años de sacrificios y de penas no lo lograba oscurecer el amor pasional, pero había instantes en que éste se sobreponía a aquél y hacía de Carlos Cruselles un ser inconsciente.

Se enamoró de aquella muchacha que encontramos en el curso del viaje, pero de una manera tan violenta, que nuestra amistad tan entrañable estuvo a punto de romperse, porque Carlos sentía horribles celos hasta de sí mismo.

Durante el trayecto que recorrimos en compañía de Mimi,

día de la separación. Como un niño lloraba en medio de la calle, y aquel hombre que de todo se reía, que tenía una sátira para todo, que alardeaba de no creer en el amor, nos hizo presenciar escenas de un sentimentalismo exaltado, que a otro que no fuera yo, le hubiera hecho reír.



RETRATO DE «MIMI»

Ya sin Mimi continuamos nuestro viaje. Los primeros días Carlos estaba triste, apenas hablaba, lloraba a solas, pero luego poco a poco fué olvidando aquellos amores, y volvió a ser el de siempre, reidor y dicharachero, llegando a satirizar sus arrebatos sentimentales.

LOS AMORES CON AURORA

Volvimos de París en el mes de Diciembre.

Una tarde estábamos en la redacción de *España Nueva*, cuando se presentó una señora gruesa, bajita y guapa. Era Aurora Fúster. Con marcado acento andaluz preguntó por Cruselles.

Este la hizo pasar a la redacción.

Aurora apenas entró, sin sentarse siquiera, exclamó:

—¿Es usted el tío que ha ido a París en burro?

—Para servir a usted—respondió Cruselles.

—¿Y está usted entero? ¡Ay que grasioso!

—Ya ve usted...

—Yo quería conocerle y lo he conseguido.

En seguida Aurora contó que era viuda de un escritor malagueño, que ella también tenía aficiones a la literatura y que había escrito varias obras teatrales, pero que necesitaba un



salías de periódicos de provincias.

Cruselles llegó al gabinete de la Prensa de Telégrafos, admirando al Sr. Perpén por lo fácilmente que redactaba un telegrama o hacía un extracto de un discurso.

Así pasaron algunos años, pero un día su instinto periodístico se rebeló contra los tele-

gramas. Juntos compartieron miserias y alegrías.

Jerónima, que así se llamaba la muchacha, era un temperamento muy parecido al de su compañero. Aguantaba la pobreza y la desgracia, no con resignación, sino alegremente, confiando en que a Carlos le estaba reservado un porvenir en el periodismo por su clara inte-

ligencia. Juntos compartieron miserias y alegrías.

Marchó a su casa con el carromato, y apenas abrieron la puerta comenzó a echar pasillo adelante quesos y más quesos, con lo cual llenó de júbilo a los chicos.

Durante varios días los niños comieron queso, pero luego la

Carlos tenía arrebatos de locura. A veces pensaba en huir con ella no sabía dónde, y otras injuriaba a los amigos que venían a saludarnos porque habían mirado a nuestra compañera de viaje.

En San Sebastián, el gobernador, por encargo de la madre de la muchacha, recogió a ésta. Carlos sufrió horriblemente el

La tragicomedia de un periodista—Parricidio y suicidio en Sevilla.



EL CADÁVER DE AURORA.—ÉSTA MUERE INSTANTÁNEAMENTE DE DOS TIROS QUE LE DISPARA CRUSELLES



AURORA FÜSTER,
LA ESPOSA LEGAL DE CRUSELLES



CARLOS CRUSELLES, PROTAGONISTA DE ESTE HORRIBLE SUCESO
(Fotografía Company)



JERÓNIMA BLANCO,
LA MADRE DE LOS HIJOS DE CRUSELLES



EL CADÁVER DE CRUSELLES.—DESPUÉS DE MATAR Á AURORA FÜSTER, CRUSELLES SE SUICIDA



LOS HIJOS DE CARLOS CRUSELLES.—EMMA (DIEZ Y OCHO MESES).—PILITA (SEIS AÑOS).—CONCHA (CUATRO AÑOS).
CARMEN (DIEZ AÑOS).—CARLITOS (OCHO AÑOS).
(Fotografía obtenida por Zapata, en el Retiro, durante el mes de Agosto último.)



CARMEN, ANGELICAL HIJA DE CRUSELLES QUE EN UN CONCURSO DE BELLEZA OBTUVO EL PRIMER PREMIO



JERÓNIMA BLANCO, CON SUS CINCO HIJOS
(Instantánea hecha por Alfonso expresamente para LA SEMANA ILUSTRADA una hora después de conocerse la terrible noticia.)

Ayuntamiento de Madrid

colaborador conocido en los teatros y por eso acudía a Carlos.

Con este motivo le invitó a visitar su casa, donde más tranquilamente podrían hablar.

Cruselles aceptó, y entonces Aurora le hizo que saliese con ella a la calle.

Carlos regresó poco después riendo a grandes carcajadas de la buena señora, a la que puso de mote la *toca*.

Al día siguiente, como lo había prometido, fué a casa de

jer me va a matar ó voy a tener que matarla yo.

Pasaron algunos días.

Cruselles seguía viviendo con Aurora, no viendo a Jerónima ni a sus hijos más que algunos momentos.

Su antigua compañera le buscaba inútilmente en la redacción de *España Nueva* y en todos los sitios que él solía frecuentar.

Por fin Jerónima logró saber cuál era el escondrijo de Carlos y se puso en acecho para ver si lograba verle cuando saliera.

Carlos, sabiendo la vigilancia de que era objeto, conferenció largamente con Aurora y resolvieron ambos vender los muebles de la casa y marchar a vivir en una fonda.

Para realizar estos propósitos anunciaron una almoneda.

Jerónima, aprovechándose de esta oportunidad, subió al domicilio de Aurora, pretextando que quería comprar una cómoda.

Las dos mujeres rivales hablaron algunos momentos del mueble y del precio; pero bien pronto la conversación recayó sobre el asunto que a las dos interesaba realmente.

—¿Conoce usted a Carlos Cruselles?—preguntó Jerónima socarronamente.

—No, señora—contestó Aurora.

—¿No lo conoce usted?

—No, no señora.

—Es raro. Dicen que es su amante.

—No sé.

—Y que vive aquí...

—Bueno; que digan lo que quieran. Creo que usted can a muy bien; yo, por mi parte, toco la guitarra; ¿quiere usted que nos divirtamos un rato?—añadió Aurora sonriendo.

Esto exasperó a Jerónima; comenzó a injuriar a Aurora y en poco estuvo que los insultos no pasasen a vías de hechos.

—Bueno; salga usted de aquí—gritó enfurecida Aurora.

—Antes he de registrar la casa—replicó Jerónima.

Y acto seguido recorrió todo el piso, sin lograr encontrar a Carlos, que estaba escondido en la despensa, desde cuyo sitio estuvo oyendo la conversación de las dos mujeres.

Pocos días después de ocurrir esto, Carlos y Aurora abando-

que recoger una herencia de su difunto marido.

Un mes próximamente estuvo Carlos en aquella población.

Regresó a Madrid diciendo que no quería volver a ver a Aurora y que pensaba permanecer aquí al lado de Jerónima y de sus hijos.

Traía el proyecto de un periódico que se titularía *El Crimen Semanal*, con cuyos rendimientos atendería a las necesidades de su familia.

Sin embargo, Cruselles estaba preocupado. Todos los días iba a la lista de Correos a recoger las cartas de Aurora, cartas llenas de recriminaciones, de proyectos para el porvenir, de fantásticas empresas que emprenderían con el dinero de la herencia.

En todas las cartas, Aurora le recomendaba que gestionase los pasajes a mitad de precio para América, y que procurase regresar a Guadalcanal lo antes posible.

Como la estancia de Cruselles se prolongase mucho, Aurora le envió a su hermano para que vigilase e indagase cuáles eran las intenciones de Carlos.

A los pocos días de llegar aquí el enviado, ella les giró trescientas pesetas para los billetes de ferrocarril hasta Guadalcanal.

El hermano se encargó de ir a cobrar el dinero, con el cual marchó a Málaga, dejando escrita una carta dirigida a Carlos en la que le decía «que fuera bueno y que no derrochase».

Aurora volvió a mandar dinero a Cruselles.

Carlos en cuanto recibió los nuevos fondos se dispuso a marchar, haciendo varias compras, entre ellas una sombrilla para Aurora y un revólver de bala blindada de pequeño calibre.

Jerónima supo su marcha, pero creía, porque así se lo había asegurado él, que iba a terminar las relaciones con Aurora.

En la Puerta del Sol le despedí yo. Esta ha sido la última vez que le vi. Carlos estuvo aquella tarde febril; su cara ya no tenía aquel gesto alegre que le era peculiar, y en cambio un

aire sombrío y triste que observé en él me hizo asegurar, sin saber por qué, algo muy trágico.

Luego supe, porque él me lo escribió, que se había casado con Aurora y que se marchaba a América.

Me hacía en su carta varios encargos, entre otros que dijese a Jerónima que no la olvidaba, que hablase de él a sus hijos y que todos los meses recibiría 150 pesetas para atender a sus necesidades.

Más tarde supe que en el barco Aurora le había disparado dos tiros, sin que los proyectiles hubiesen hecho blanco, y que Carlos llevaba una de las balas disparadas, como dije, en la cadena del reloj.

El final de la historia trágica de este amigo mío, ya lo ha contado lacónicamente el telégrafo.

Javier BUENO.

(DIBUJOS DE TOVAR.)

Nuestra doble plana central.

Por separado, ofrecemos al lector una amplia información gráfica del horrible suceso de Sevilla, y del que fué protagonista nuestro desgraciado amigo Carlos Cruselles.

Javier Bueno—el distinguido periodista que fué compañero de Cruselles en la famosa excursión a París en burro—háblanos de Carlos en la interesante intimidad de su vida, historia cómica-trágica que vino a determinar el sombrío drama ocurrido en el hotel Iberia, de Sevilla.

El lunes último, Cruselles había llegado con su mujer, Aurora Fúster, procedente de Málaga. Traía los pasajes para embarcar con rumbo a Buenos Aires.

De la estación se dirigieron al ho-

tel. Al poco rato salía Carlos a la calle, dejando a su esposa encerrada bajo llave.

Después de frecuentar algunos sitios, tomando sus últimas copas, estuvo en el teatro del Duque, y, como siempre, bromeó con sus numerosos amigos.

Minutos después regresaba al hotel, y a los pocos instantes de penetrar en la habitación, sonaron varias detonaciones.

Violentada la puerta, pudo verse cómo Aurora Fúster yacía en el lecho, muy ligera de ropa, y herida

mortalmente en la boca y en el pecho. Al pie de la cama, Carlos Cruselles, manando sangre por una brecha que tenía en la sien. El parricida agonizaba.

El Juzgado se incantó de varias cartas. En una, conmovedora, se dirige Carlos a Jerónima Blanco, la madre de sus hijos. Con destino a los pequeños lega 3.400 pesetas.

Al entierro de las víctimas acudió inmenso gentío, presidiendo el duelo D. Federico Cruselles, hermano de Carlos, que, en compañía de Jerónima, trasladó a Sevilla.

El suceso de los sargentos

El martes, entre seis y media y siete de la tarde, se encontraban reunidos 14 sargentos de diferentes

rektor de este último, había dirigido una carta circular, en donde rogaba a los sargentos que acudieran a una reunión con el objeto de cambiar impresiones, a fin de arbitrar recursos para seguir publicando el periódico defensor de la clase, *El Sargento Español*, ya con pocos medios de vida.

Los circunstancias vieron interrumpida su reunión con la presencia en la calle de Antonio Grilo del juez militar, teniente coronel don José Calvo Pastor, que, obediendo órdenes superiores, detuvo al señor Pérez Hernández (paisano) y a los 14 sargentos allí congregados, ordenándoles que, de dos en dos, fueran saliendo para constituirse presos en las cárceles militares.

Después se realizó un registro domiciliario, marchando el juez a tomar declaración a los detenidos, diligencia que no fué terminada hasta las diez de la mañana del siguiente día.

Alrededor del suceso, que en los primeros momentos produjo gran revuelo, se hicieron muchos comentarios de diferentes clases, alarmándose la opinión por el conocido rigor de las Ordenanzas militares.

Los sargentos están sujetos a proceso para responder de lo que en la milicia constituye delito; esto es,



DON MANUEL PÉREZ HERNÁNDEZ. ADMINISTRADOR DEL «HERALDO MILITAR» Y DIRECTOR DE «EL SARGENTO ESPAÑOL».

(Fotografía Compañía.)

armas en el piso segundo derecha de la calle de Antonio Grilo, núm. 8, local en donde están instaladas las



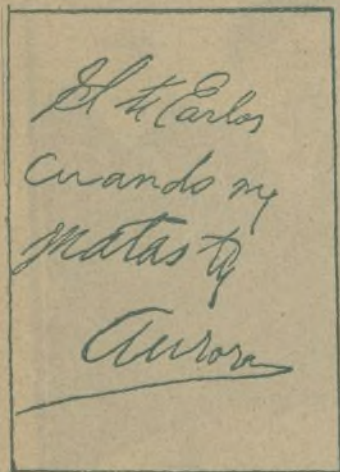
VISTA DE LA CASA, ANTONIO GRILLO, NÚM. 8—EN ELLA ESTÁN INSTALADAS LAS OFICINAS DE «EL SARGENTO ESPAÑOL».—EL BALCON SEÑALADO CON UNA CRUZ, CORRESPONDE A LA HABITACIÓN DONDE FUERON SORPRENDIDOS LOS SARGENTOS.

(Fotografía Alfonso.)

redacciones de los periódicos militares *El Sargento Español* y *El Sargento Español*.

D. Manuel Pérez Hernández, di-

acudir a la Prensa y reunirse en colectividad, sea para el asunto que sea, sin el superior y competente permiso.



AUTÓGRAFO DE AURORA FÚSTER

Aurora, donde cenó en compañía de ésta y un hermano de ella.

Durante la cena se rió y se bebió bastante, y al final, Aurora propuso a Carlos que se quedase a dormir en su propia casa.

El hermano de Aurora se opuso a esto, y entonces ella, derribando la mesa con gran estrépito de platos y vasos rotos, sacó un revólver del bolsillo y gritó:

—Aquí se hace lo que yo quiero, y el que no lo quiera así, a la calle.

El hermano no contestó, y los propósitos de Aurora se cumplieron.

Tres días estuvo Carlos en aquella casa sin salir ni un solo momento.

Cuando volvió a la redacción contaba la aventura riendo:

—¡Chico, qué gracia!—decía



Carlos.—Esa mujer está loca y su hermano también. Ella duerme con un revólver debajo de la almohada, y el hermano se unta el cuerpo con aceite para acostarse y mete debajo del colchón un hacha. Yo tengo un miedo horrible, porque esa mu-

naron la casa de la calle del Cardenal Cisneros, número 14, para ir a hospedarse en la calle de Jacometrezo.

Desde allí marcharon ambos, acompañados del hermano de ella, a Guadalcanal, provincia de Sevilla, donde Aurora tenía

El hijo de "Garibaldi,"

El popular borracho madrileño, que por un auto-nombramiento titulase "capitán general de los gol-



EL AGRESOR JOSÉ DEL VALLE

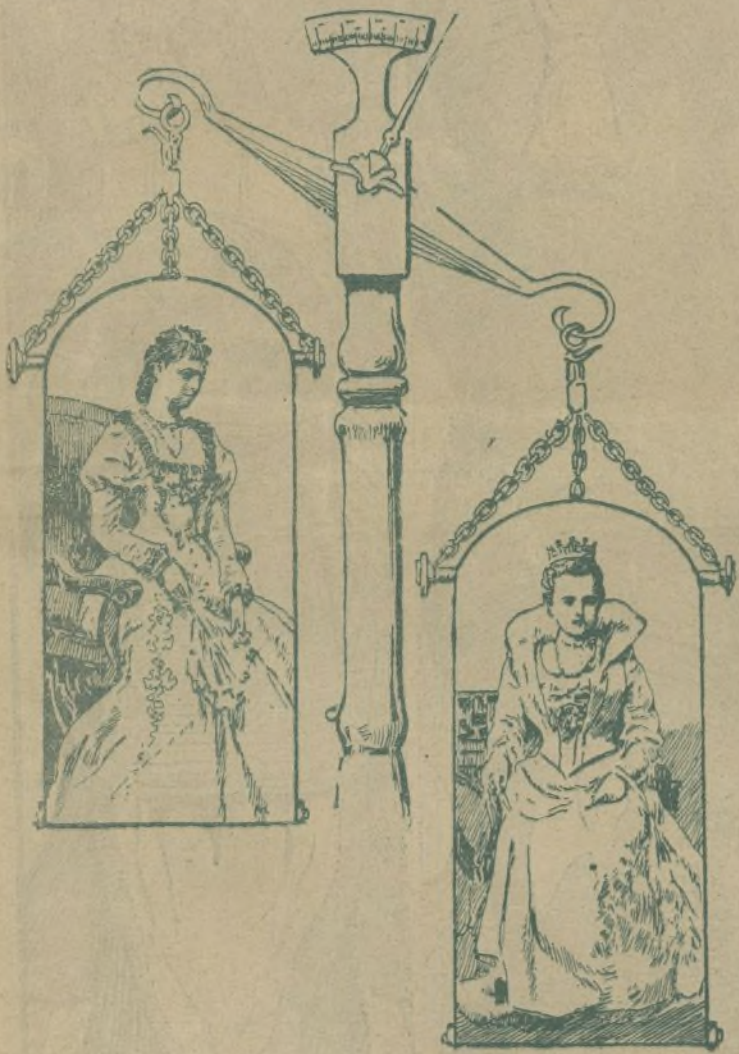
fos", el que ha hecho famosa la frase de "arriba caballo Moro", Garibaldi, en suma, tiene un hijo llamado Balomero Fortún.

Como el padre, Garibaldi II es un primate de la "andante golferancia"; sólo que, en vez de darle por el "mostagán", dedica sus ocios al juego del "inglés".

El domingo pasado, y junto a las tapias de la estación del Mediodía, organizó una aristocrática partida en compañía de su amigo el conocido sportman José del Valle.

Cuestionaron por una jugada dudosa, y viniendo a las manos, poco después caía herido el noble primogénito de Garibaldi con una puñalada en el vientre, de diagnóstico grave. El agresor fué detenido.

EL PESO DE LAS REINAS



Una Sociedad inglesa de estadística se ha propuesto batir el record de la excentricidad aplicada a los guarismos.

Haciendo estudios comparativos, logró fijar con exactitud cuáles son, entre las reinas del antiguo Continente, aquellas que pesan más; y luego, por el contrario, las que menos cantidad de libras pueden ostentar.

Y ha resultado que, mientras la emperatriz de Rusia pesa ciento veintisiete libras, la reina de Grecia puede apuntarse cuarenta y dos más, y en tanto que Amelia de Portugal llega a las ciento sesenta, Guillermina de Holanda no pasa de las ciento veintisiete.

Estas cifras han sido tomadas al principio del año actual. Ahora que tocamos a su término, puede ser que no sean completamente exactos los datos recogidos.

El 1.º de Enero aparecerá

LA MODA PRÁCTICA

Ilustración semanal de las familias.

COSAS DEL OTRO JUEVES

El alcalde ha publicado un Bando que es una chacota, una befa, por no decir una profanación del vecindario madrileño.

No está ya ofensa en el texto, ni aunque estuviera en él se daría nadie por ofendido, porque, entre tres kilómetros de lectura, sería imposible encontrarla; está, precisamente, en el Bando en bruto, tal como lo ha concebido el alcalde, pues chacota es, y de dudoso gusto, detener al público en las calles, llamándole con aparatosas y descarradas letras desde los muros, y hacerle perder el tiempo y la paciencia, engolfándole en un mazorral de letras y de párrafos inacabables para que, al cabo, saque en consecuencia lo que ya sabía por habérselo dicho os periódicos en cinco palabras:

Que el pan se ha subido.

Como a la moza del chascarrillo le molestaba más el retintín que el



epíteto, al vecindario madrileño, tanto como la subida injustificada del pan nuestro, debía ofenderle la cosa fina con que se lo participa, oficialmente, el alcalde.

Vecino ha habido de buena fe que se ha tirado al colete de pé a pá los trescientos renglones del Bando, y al terminar ha soltado un taco redondo, digno punto final del empachoso documento.

Otros lo han tomado con más calma y lo van leyendo a ratos perdidos, para lo cual señalan con una



cruz de lápiz el sitio en que dejan interrumpida la lectura.

No sé si algún bromista del barrio bajo habrá sacado silla, merienda y



brasero para instalarse en forma, todo el tiempo necesario, que no bajará de ocho horas.

Algunos padres celosos aprove-



chan el grosor de las letras del Bando, y dan, al paso, una lección de silabeo a sus hijos.

—¿Qué letra es esta, hijo mío?

—Letra muerta, papá—ha podido contestar algún niño precoz, capullo de autor cómico.

El irritante Bando detiene en tropel a los cándidos y a los desocupados que interceptan las aceras de las vías más céntricas y concurridas, entorpeciendo la marcha de los transeúntes. Su extensión excesiva es causa de que muchos pierdan sus ocupaciones y otros las retrasen.

Al amparo del monstruoso documento los descuidados se están hartando de desvalijar lectores ensimismados, que al acabar sacan en limpio que les han robado el tiempo y la cartera.

Además es un arma cruel y traidora, porque, con el frío que hace, todo lo que sea detener a uno en la calle largo rato es exponerle a cual-

quiera de las infinitas enfermedades, fruta del tiempo.

¡Sabe Dios los reumas, catarros, bronquitis y pulmonías que tendrá a estas horas el señor conde de Penalver sobre su conciencia!

Su kilométrico Bando influirá seguramente en el aumento de la mortalidad en Madrid durante el mes actual, con respecto a los anteriores.

En más de una casa se estará diciendo a estas horas con voz lastimera, entrecortada por los suspiros: ¡Pobrecillo! Se paró a leer no sé qué demonio de cosa que ha publicado el alcalde, volvió de la oficina tiritando y se nos ha ido en veinticuatro horas. Vea el señor conde cómo el mal de habernos subido el pan es torta y pan pintado, comparado con los males que produce el Bando en que se nos participa, tarde y con daño, la fatal noticia.

El instinto popular que todo lo adivina, sin necesidad de raciocinio, reflejaba ayer, por boca de una goifa, analfabeta a pesar de tener cartilla, en los siguientes términos, su juicio:

—¿Me hace usté el favor de decirme qué es eso?

—Un Bando del alcalde haciendo público que se ha subido el pan.

—¿Y pá decirnos lo que toos estamos hartos de saber, escribe tan largo? Me paice que eso es una tomadura de pelo.

Y marchó calle abajo. Sí, señor conde, mala es la noticia, pero el retintín... la hace buena.

EL SASTRE DEL CAMPILLO.
(Dibujos de SANCHÁ.)



Originales propiedad del «NEW YORK HERALD».

Impreso en máquina rotativa especial para colores. — Establecimiento tipográfico de EL IMPARCIAL, Mesoneros Romanos, núm. 31, Madrid.